

1793. 21 de Enero, ejecución de Luis XVI.
6 de Abril, formación del Comité de Salud pública; 31 de Mayo, los revolucionarios de París exigen la acusación de los Girondinos.
Septiembre, victoria de Hondschoote; 16 Octubre, victoria de Wattignies; 5 de Diciembre (15 Frimario, año II), la Convención se desembaraza de los Hebertistas, y en Abril de 1794, de los Dantonistas.

1794. 26 de Julio (9 Termidor, año II), caída de Robespierre.

1795. 20 de Marzo, derrota de los revolucionarios parisienses; 20 de Mayo, desarme de los arrabales.

5 de Octubre (13 Vendimiario, año III), sublevación realista en París, sofocada por el ejército; 26 de Octubre, el Directorio reemplaza á la Convención.

1796. Febrero á Agosto, conspiración y proceso de Babœuf.

14 de Abril, victoria de Montenotte, campaña de Italia.

1797. 4 de Septiembre (18 Fructidor, año V), el Directorio depura los Consejos de sus elementos realistas.

1798. 18 de Junio (30 Plarial, año VI), el Directorio es á su vez privado de varios de sus miembros.

1799. 9 de Noviembre (18 Brumario, año VII), golpe de Estado de Bonaparte.

He aquí los nombres de algunos hombres de diversos méritos, contemporáneos de la Revolución francesa.

CONDORCET, nacido cerca de San Quintín, enciclopedista	1743-1794
LAVOISIER, de París, químico	1743-1794
GOYA Y LUCIENTES, pintor aragonés	1746-1828
GOETHE (Wolfgang), poeta, de Francfort sobre el Mein	1749-1832
GODWIN (William), literato, nacido cerca de Cambridge	1756-1836
BURNS (Robert), poeta escocés, nacido cerca de Ayr	1759-1796
SCHILLER (Friedrich), poeta, de Marbach	1759-1805
CUVIER (Georges), naturalista, de Montbeliard	1768-1848
CHATEAUBRIAND, literato, nacido en Saint-Malo	1769-1859
HUMBOLDT (Alexander von), viajero, de Berlín	1770-1827
BEETHOVEN (Ludwig), de Bonn	1770-1831
HEGEL, filósofo, de Stuttgart	1770-1850
WORDSWORTH, poeta, de Cumberland	1771-1832
SCOTT (Walter), novelista, de Edimburgo	1775-1851
TURNER (John), pintor, de Devonshire	



LA REVOLUCIÓN

La idea del ternario sagrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se perdió pronto en los campos arrasados y en las ciudades tomadas por asalto.

CAPÍTULO XVI

IDEAL DE LA REVOLUCIÓN. — LA REINA Y EL REY.
EJÉRCITO, CLERO, SERVIDUMBRE. — MOTINES Y REBELDÍAS.
CONVOCATORIA DE LOS ESTADOS GENERALES. — EL JUEGO DE PELOTA.
LA BASTILLA. — EL 4 DE AGOSTO. — LOS DERECHOS DEL HOMBRE.
FRANCIA Y EUROPA. — EL TERROR. — BABŒUF.
RENOVACIÓN DE LA CIENCIA. — CALENDARIO. — REPERCUSIÓN DE LA REVOLUCIÓN. — PAÍSES BAJOS, SUIZA, ITALIA.
EXPEDICIÓN DE EGIPTO. — SANTO DOMINGO.

EL conjunto de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del siglo XVIII y que recibió por antonomasia el nombre de «Revolución francesa», no podía elevar á plena realización más que las ideas completamente maduras. El ideal no se convierte en obras sino después de haberse hecho consciente, después de haber sido ardientemente querido, preparado, comprado

por el sacrificio de numerosas víctimas voluntarias. Esto sentado, en ese mundo de sentimientos, de pensamientos y de imaginaciones que se agitó durante el siglo de la Enciclopedia, ¿cuál fué la dominante que se desprendió y tomó un carácter imperioso sin dejar subsistente la menor duda? Esta idea dominante está resumida en el famoso folleto de Sieyès *El Tercer Estado*, el «tercero», es decir, la burguesía, que es todo y, sin embargo, era considerada como nada. Hasta por definición, el Tercer Estado debía ser, aparte de la nobleza y del clero, el conjunto de la nación, lo mismo el pueblo de los campesinos y de los obreros, que las gentes instruidas ó ricas que sólo difieren de los nobles por la falta de un árbol genealógico en sus archivos de familia. Pero los que reivindicaron sus derechos de hombres, los que se llamaron con insistencia los iguales de los nobles y de los curas, fueron los burgueses propiamente dichos, los que constituyen la clase de los propietarios, de los jefes de industria y de los letrados.

No hay duda que la lamentable población de los pobres, los campesinos esquilados por el impuesto y la gabela, los viejos que se arrastraban inclinados sobre el surco, los infelices demacrados en quienes el polvo mezclado con el sudor formaba concha, y que en tiempo de escasez comían pan de cortezas de árboles, todos esos míseros y hambrientos hubieran deseado que cambiara su situación si de ello hubieran tenido la menor esperanza; mas para ellos, como para el mujik ruso, «¡el cielo estaba demasiado alto!» El ideal del siglo XVIII que realizó la Revolución francesa está bien caracterizada por *Les Brigands*, de Schiller, drama representado por primera vez en 1782. Aquellos «bandidos» son burgueses enamorados de la justicia que enderezan los entuertos de los señores, del juez, del propietario; pero entre aquellos rebeldes sublevados por la iniquidad del siglo, no hay un solo obrero ni un campesino: Schiller no se había dado cuenta de que aquellos eran también, como los burgueses y los hijos de burgués, seres odiosamente explotados¹: si se quejaban, nadie oía sus quejas.

De ese modo, la emancipación política de la parte del Tercer Estado que constituía la burguesía, ya querida, reivindicada por la

¹ Jean Jaurès; *Le Théâtre Social*.

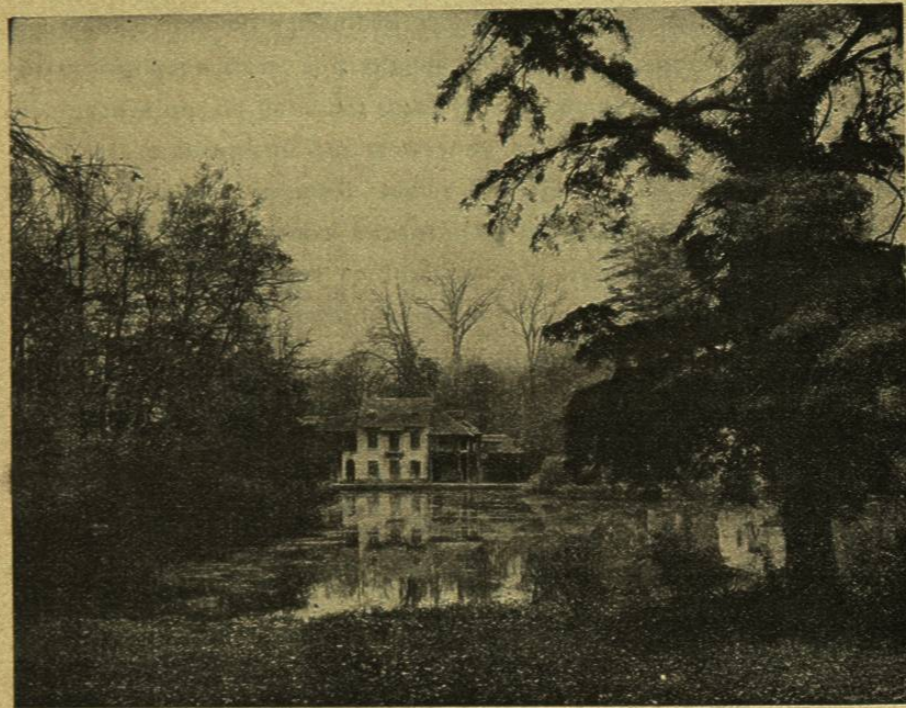
gran mayoría de los interesados, era inevitable: á este respecto, la revolución no tenía más que confirmar lo que la evolución de las inteligencias y de los intereses había realizado de una manera definitiva. ¿Pero eran republicanos aquellos burgueses que querían el reconocimiento de sus derechos adquiridos, y había de coincidir su triunfo con el de una forma política igualitaria? De ningún modo. Así como las colonias americanas, desprendiéndose de Inglaterra, se creían todavía fieles, leales y manifestaban con perfecta sinceridad su adhesión á la madre patria, así también Francia, al lanzarse á la gran aventura de rebeldía que había de terminar por la muerte violenta de los soberanos y la proclamación de la República, era con toda franqueza y entusiasmo completamente realista. La multitud no comprendía la existencia de una sociedad que no fuese gobernada por un rey, por un amo «bondadoso» ó «grande». Aparte de una minoría compuesta en su mayor parte de pensadores pertenecientes á la nobleza y á la alta burguesía, es decir, á las clases que disponían de tiempo suficiente y que podían darse cuenta personalmente de los actos y de la conducta de la corte, la masa de la nación no pedía más que precipitarse servilmente para llorar de emoción al paso de un rey. Durante los años más agitados que precedieron al «Ochenta y nueve», los hombres que después se distinguieron por el ardor con que combatieron los actos de la monarquía y que votaron sin vacilar la muerte de «Luis Capeto», tuvieron indudablemente por primer ideal un reino de grados jerárquicos, donde toda ley y toda gracia hubiera manado de un trono como de una fuente natural. Fué necesario que la impía lógica de los acontecimientos les impulsara y les forzara á hacerse republicanos. El cadalso levantado para el rey y la reina fué un accidente, el efecto de una desavenencia momentánea entre los autores principales del drama político, y cuando la historia adquirió su curso normal, produjo naturalmente la restauración de la monarquía.

Los hombres se despojan muy lentamente de sus preocupaciones hereditarias, y más de un siglo después de la Revolución — con este nombre llamada como si hubiera derribado todo — se observa ampliamente en Francia que el antiguo fondo monárquico subsiste todavía; la mayor parte de los supuestos ciudadanos no tienen la audacia de

serlo; piden amos que piensen y obren por ellos. Si el antiguo reino no se ha reconstituido, débese á que los candidatos de la dominación, comprendiendo en su número los tribunos del pueblo, son numerosos y se hacen guerra mutuamente. Y si se ha conservado la marca de la monarquía, otro tanto sucede con la de la Iglesia. Francia ha permanecido católica lo mismo que monárquica, y si bien no acepta ya los dogmas, continúa prendada de la autoridad, acata los actos de fuerza y acepta las opiniones hechas que le ofrecen los «pastores de los pueblos». Acerca de este punto la nación no cambia, ó, por mejor decir, se modifica muy lentamente por el desplazamiento del centro de gravedad de las altas clases hacia la clase media, de la nobleza y del clero hacia la burguesía, cada vez más numerosa y consciente de su inteligencia y de su fuerza.

En los últimos años de su existencia pre-revolucionaria, la monarquía careció completamente de prudencia, de espíritu de continuidad y de constancia. Diríase que, atacada de locura, se complacía en las aventuras y en las imprudencias para apresurar el día de su ruina. María Antonieta, que sólo se había hecho francesa para el triunfo de las representaciones fastuosas, para la alegría de las fiestas y el entretenimiento de las intrigas, permaneció princesa austriaca para los intereses de su casa, y declaradamente se hacía el agente de su madre María Teresa y luego de su hermano José II; sus ingerencias políticas la dejaban siempre en descubierto, y sus locos desatinos, sus amistades comprometedoras y por último el vergonzoso asunto del «Collar», que la puso en evidencia recibiendo alhajas de manos deshonradas, todas esas cosas la retenían en primer término expuesta á la malévolá atención del París rebelde. En cuanto al rey, hombre de buena pasta, de voluntad nula y de grandes preocupaciones, se dejaba llevar á todas las incoherencias y á todas las contradicciones de los diversos políticos que le impulsaban sucesivamente, unas veces como rey de Francia, otras como marido de la «Austriaca», como filántropo de corazón sensible, y luego como gentilhombre, religioso observador de todos los viejos abusos. Por lo demás, la esencia de la monarquía no es el poder, sino el capricho. El príncipe debe sentirse superior á todo derecho, á toda regla,

para creerse verdaderamente el amo. «La esencia y la vida del gobierno, dice Michelet, eran las disposiciones arbitrarias». Hasta cuando el rey no lo era más que de nombre, después de la toma de la Bastilla, en Febrero de 1790, todavía conservaba su privilegio de hacer encerrar á quien quisiera '.



EL PEQUEÑO TRIANÓN, DONDE MARÍA ANTONIETA JUGABA Á LA CAMPESINA

Hasta el año 1788 se aplicó el tormento en toda su ferocidad por orden del rey de Francia. La «cuestión» que, bajo tantas formas, es todavía de uso corriente ante los tribunales civiles y militares, se consideraba como un deber social. Luis XVI aceptó en 1780 la dedicatoria de una *Apología del tormento*, escrita por un parlamentario de Aix, Muyart de Vouglans, con aprobación especial del papa Pío VI.

No sólo procuraba el rey conservar las instituciones del pasado, sino que hasta las agravaba en diversas circunstancias. En 1781 impidió á los que no eran nobles todo adelanto en la carrera de las

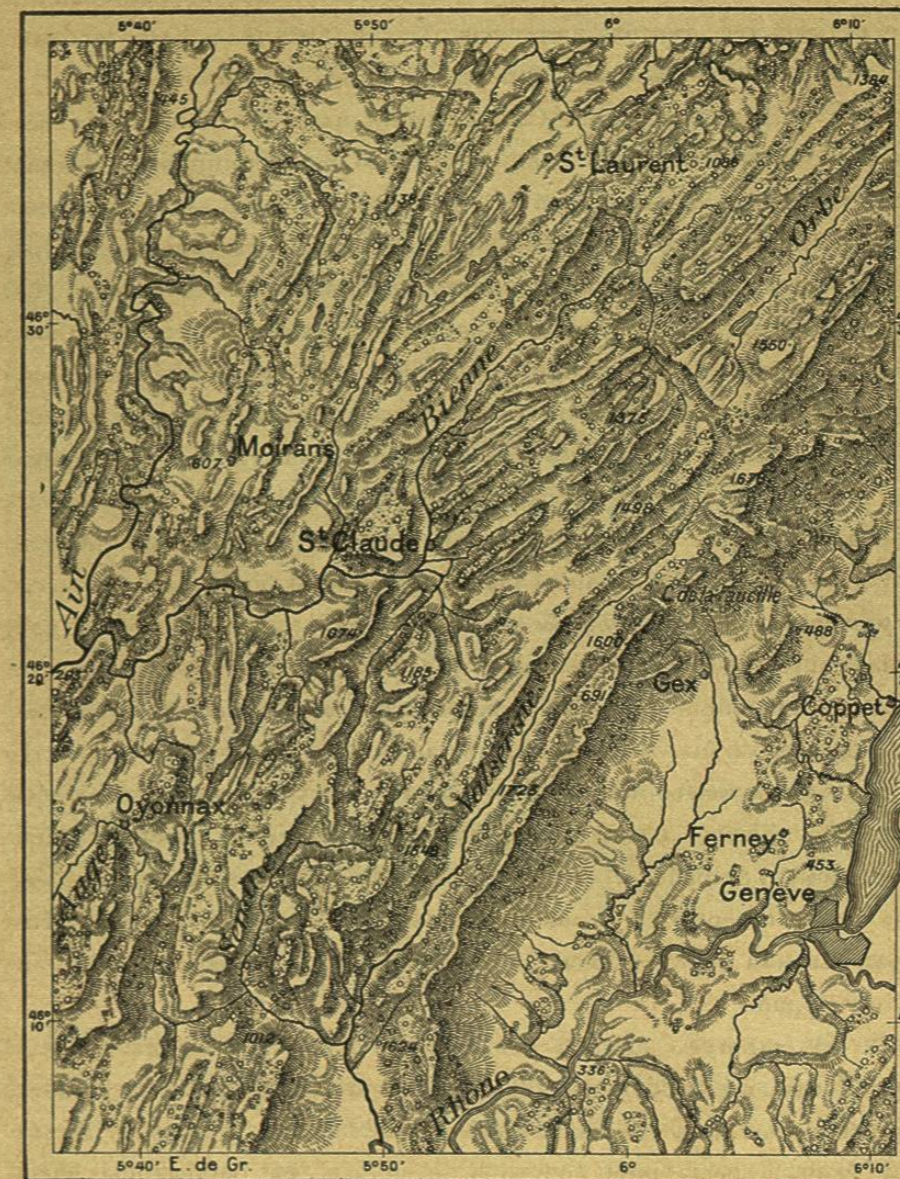
armas, no concediendo el grado de oficial más que á los hidalgos que tuvieran á lo menos cuatro grados de nobleza paterna, y no dando el título de oficial general sino á los personajes admitidos á montar en sus carrozas reales¹. Por cierto que esa fué una de las causas que hicieron al ejército tan poco animoso en la defensa de la monarquía cuando llegaron los días de prueba. Todos se envidiaban recíprocamente: los cuerpos de tropas ordinarias odiaban á los regimientos privilegiados, los oficiales subalternos eran enemigos naturales de sus superiores inmediatos, y éstos tenían el mismo sentimiento de odio espontáneo contra los generales que encontraban su nombramiento en la cuna. El ejército estaba desorganizado de antemano cuando los acontecimientos le pusieron en contacto con el pueblo: se le vió disolverse delante de los motines sin luchar siquiera; las tropas lanzadas contra la multitud fraternizaban con ella.

Si los prelados de la Iglesia solían burlarse de las cosas santas, trataban muy en serio las cuestiones de los bienes temporales, y la resistencia tenaz del clero á toda medida que pudiera tender á igualar el impuesto, puede considerarse como la causa principal del déficit que arruinó á Francia y puso el reino á merced del pueblo. La Iglesia se sometió á participar en algo á los gastos generales, pero no desembolsaba contribución anual sino á título de donativo gracioso al rey; á lo sumo permitía contratar ciertos empréstitos sobre sus tierras, lo que no le costaba nada. Ya á la mitad del siglo, el proyecto que se tuvo de evaluar todos los bienes — una cuarta parte del territorio francés (A. Debidour), — fué rechazado como un sacrilegio, porque así se hubiera descubierto la riqueza del clero y comprobado oficialmente lo que ya se sabía de una manera general: el monopolio de un valor de cuatro mil millones en tierras, libres de todo impuesto, en un país donde el labrador sucumbía bajo el diezmo, las tasas y el servicio personal.

Constituye uno de los hechos más instructivos de este período final del antiguo régimen, la conservación de la servidumbre en los territorios pertenecientes á la abadía de Saint-Claude, comprendiendo, además de la ciudad, las doce parroquias de sus suburbios, las quince

¹ Michelet, *Histoire de France*, vol. XVII, p. 358.

N.º 427. Saint-Claude y Ferney.



1: 400 000

0 5 10 20 Kil.

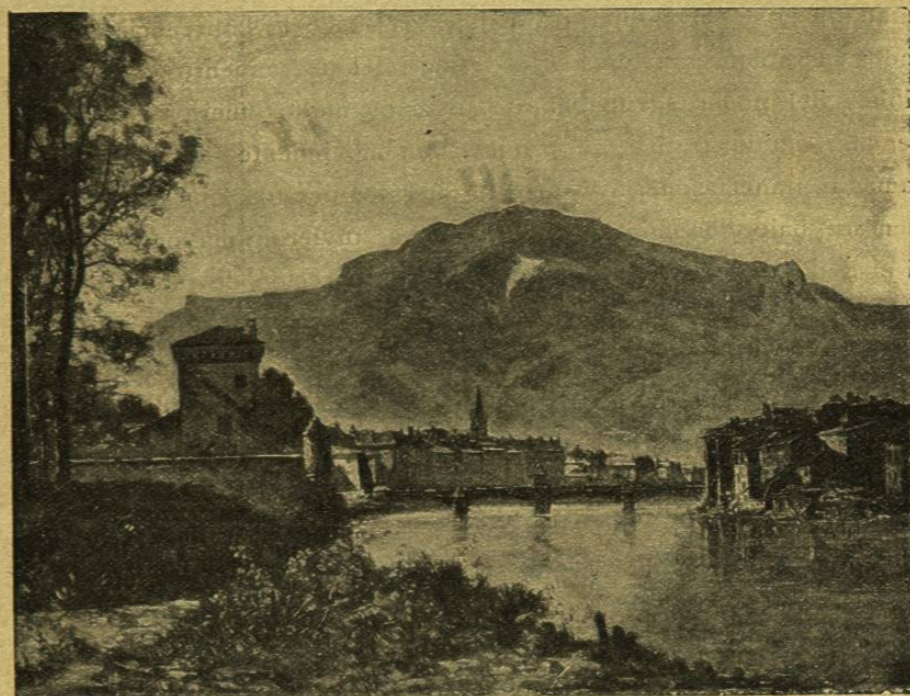
villas de la baronía de Moirans y las cinco del prebostazgo de Saint-Laurent-Grandvaux. Del mismo modo la nobleza, comprendiendo en esta clasificación los ricos ennoblecidos, se había declarado defensora de la esclavitud de los negros en las Antillas, y el clero veía

el más santo de los deberes en la conservación de su propiedad de siervos blancos, que las herencias, las confiscaciones, las intrigas, las captaciones le habían valido en los siglos anteriores.

Los religiosos de Saint-Claude, en número de veinticuatro, dependían directamente del papa, con título de canónigos, y usaban ornamentos que les asimilaban á los obispos. Frailes escogidos, esos altos personajes eran también la flor de la nobleza, puesto que no podían entrar en la comunidad sino á condición de ser nobles «de cuatro razas», á la vez del lado paterno y materno: representaban, pues, la elección de los escogidos entre los privilegiados de Francia, y como tales habían de sostener el combate por los intereses de su casta. En 1770, cuando los siervos «invendibles de cuerpos y de bienes» que poseían los canónigos de Saint-Claude dirigieron una humilde súplica al rey, la opinión pública se apasionó por aquellos desgraciados: un abogado de Saint-Claude, Christin, defendió su causa con vehemencia; después Voltaire aportó á ella aquella elocuencia que había puesto al servicio de Calas, y removi6 de nuevo Francia y el mundo, pero todo fué inútil: apoyados sobre el parlamento de Besançon, algunos de cuyos miembros tenían también siervos en sus territorios, los monjes-señores de Saint-Claude se sostuvieron firmes contra su propio obispo, contra el rey y contra la opinión; hasta en plena Revolución, después de la toma de la Bastilla, conservaron sus siervos, comprendiendo en aquella servidumbre los colonos extranjeros á quienes una suerte funesta había obligado á residir un año y un día en el país.

Y sin embargo, ¡aquella Francia donde las supervivencias de la Edad Media eran todavía tan poderosas y numerosas, se creía madura para constituir una sociedad ideal de ciudadanos iguales y libres! Para guiarla hacia aquel porvenir, se volvía con persistencia hacia el rey, quien, por su parte, se hallaba en la cruel duda de la elección de sus ministros, y, según el impulso que sufría, los tomaba alternativamente entre los adversarios ó los amigos de la corte. Después del enorme derroche de dinero que siguió á la caída de Turgot, Luis XVI llamó al protestante extranjero Necker, aunque por su mismo culto estuviese, por decirlo así, fuera de la ley aquel famoso banquero. Necker, que quería agradar á la opinión y conquistar la

popularidad, logró su objeto, sacrificando su fortuna, suprimiendo pensiones y prebendas, absteniéndose de aumentar los impuestos y hasta estableciendo tribunales provinciales para comprobar su administración. Aquello era hermoso en demasía, y la corte tuvo la bajeza de exigir de él, en recompensa de sus esfuerzos, que «abjurase



Cl. P. Sellier.

GRENOBLE EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

solemnemente los errores de Calvino». Había encontrado dinero para sus empréstitos y se creía no tener ya necesidad de él (1781).

Se había ensayado la economía; con Calonne se iba á ensayar la prodigalidad. Puesto que la riqueza se mide con los gastos, pareció que no se podía gastar mucho: no obstante, Calonne arrojó millones sin contar, comprando palacios para el rey, para la reina, distribuyendo los regalos, las pensiones, los beneficios. Tan extrañas fueron las generosidades de aquel singular ministro de Hacienda, que algunos historiadores han creído ver en este personaje un revolucionario disfrazado que perpetraba todas aquellas locuras para preparar la catástrofe. «Siendo necesaria la reforma de la monarquía,